

**La Jornada de
Ahuachapán:
12 de diciembre de 1944**

Jorge Arias Gómez

Historiador y jurista salvadoreño

La Jornada de Ahuachapán: 12 de diciembre de 1944

Jorge Arias Gómez

Historiador y jurista salvadoreño

“¡La persona que quiere recordar no puede quedarse sentada en un sitio y esperar que los recuerdos lleguen solos! ¡Los recuerdos se han desperdigado por todo el mundo y uno tiene que viajar para encontrarlos y hacerlos salir de sus escondrijos! ”.

Milán Kundera

Recuerdos marcados al rojo vivo

Este 12 de diciembre se cumplen 59 años de la llamada “Jornada de Ahuachapán”, protagonizada por varios centenares de jóvenes, en su mayoría estudiantes universitarios y de secundaria así como por obreros y campesinos, dirigidos militarmente por oficiales del Ejército salvadoreño que se encontraban de baja a raíz de la fracasada insurrección cívico-militar del 2 de abril de 1944, contra la dictadura del Gral. Maximiliano Hernández Martínez. El objetivo de esa acción armada, era derrocar al Cnel. Osmín Aguirre y Salinas, quien accediera a la Presidencia de la República mediante un golpe de Estado preparado cuidadosamente y ejecutado por la cúpula militar el 21 de octubre del mismo año.

Confieso que los recuerdos siempre están pisando mis talones como indicándome que con mi muerte quedarán sepultados en el olvido. Vívidas imágenes vienen a mi memoria, recorriendo los muchos ca-

minos que he transitado durante mi existencia. Algunos de esos recuerdos se han desviado en veredas conducentes al extravío o a la pérdida paulatina de su original colorido hasta convertirse en una tonalidad sepia como esa que domina la atmósfera de los sueños. Otros, quizás los más dolorosos, han sido, como dijera César Vallejo, “...caídas hondas de los Cristos del alma”. Pero la verdad es que esos recuerdos allí están, a manera de marcas hechas con fierro ardiente. Uno de ellos, es, precisamente, el del 12 de diciembre de 1944, cuando nací de nuevo y me gradué de hombre.

1944, históricamente trascendental

Entre los hechos políticamente relevantes de 1944, cabe destacarse:

1. El funcionamiento de una Asamblea Constituyente, convocada por el Gral. Martínez, mediante un plebiscito amañado, que aprobara reformas a la Constitución de 1939, pero que propiamente re-

dactaba una nueva. Ante la perspectiva de que en 1945, terminaría el tercer periodo presidencial del dictador, la Constituyente acordó que Martínez se reenganchara a partir del 1 de marzo de 1944 hasta el 31 de diciembre de 1949.

2. La insurrección cívico-militar del 2 de abril, que fracasara debido a garrafales errores cometidos por sus dirigentes militares y civiles. Como consecuencia, Martínez condenó a muerte, entre reos presentes y ausentes, a 35 militares y 10 civiles. De todos los condenados, 10 militares y un civil (Víctor Manuel Marín), fueron fusilados.

3. El 25 de abril, los estudiantes universitarios se declararon en huelga, jurando que no volverían a clases sino hasta que fuera derrocado Martínez. Escalonadamente, y en forma rápida, se sumaron al movimiento estudiantes de secundaria, empleados públicos y trabajadores de las empresas privadas. En la primera semana de mayo, la huelga era general, estaba totalmente paralizado el país. Las calles centrales de San Salvador, fueron tomadas por decenas de miles de capitalinos y millares se reunían frente a la esquina de la Universidad (formada por la 2a. Calle Oriente y la Avenida Cuscatlán). En este punto, uno de los balcones del paraninfo se transformó en tribuna desde la cual se orientaba y se daba cuenta del estado de la situación. Cabe apuntarse, que la oficialidad de bajo rango y soldados enviados con el propósito de reprimir al pueblo, no lo hicieron. Los dirigentes visibles de la huelga, llamaron a la gente a fraternizar con ellos.

4. La llamado "huelga general de brazos caídos", fue, pues, encendida por los estudiantes universitarios. Esta poderosa resistencia pacífica, indudablemente seguía

las lecciones de Gandhi, quien la practicara al rapaz imperio británico hasta lograr la independencia de la India. Martínez renunció a la presidencia el 8 de mayo, pero dejó intacto el aparato del Estado: La Asamblea Constituyente, que se había transformado en Asamblea Nacional Legislativa, siguió incólume; como Presidente que le sucediera, escogió el dictador a uno de sus incondicionales, el Gral. Andrés I. Menéndez. Lo mismo sucedió con la Corte Suprema de Justicia.

La renuncia de Martínez tuvo como antecedente inmediato, la muerte de José Wrigth Alcaine -de ciudadanía norteamericana- a manos de un policía. Tomando en cuenta este suceso, el embajador de los Estados Unidos le notificó al dictador que el gobierno de Washington le retiraba su apoyo. Martínez salió del país el 9 de mayo rumbo a Guatemala.

5. Posteriormente a la caída de Martínez, hubo un acuerdo político de los líderes de la huelga general con los diputados a la Asamblea Nacional Legislativa, en lo concerniente a que el presidente de la República, sería provisional y por corto tiempo, ya que precisaba encauzarse al país por la vía democrática constitucional. El Gral. Andrés Ignacio Menéndez inicia, así, lo que fuera denominado "Régimen de palabra de honor" debido a los vacíos jurídicos que debían llenarse después de casi trece años de dictadura. Fue una negociación política basada en el honor y la buena fe de los detentadores del poder legislativo y el jefe del ejecutivo. La vida demostró que, de parte de la reacción consolidada en los altos mandos del ejército, tal honor fue inexistente y que la buena fe de los dirigentes populares tenía como fundamento la ingenuidad e inexperience políticas. En realidad, los

altos dirigentes de la huelga general, buscaron los más prístinos caminos de la legalidad que condujo a los despeñaderos del fracaso. Dicho con exactitud, en 1944 no hubo revolución. El buscar la legalidad para consolidar regímenes de hecho en El Salvador, o de cualquier medida que tenga carácter institucional, es una constante histórica sobre la cual caben muchísimas reflexiones críticas.

6. En junio de ese 1944, en el campo político había las siguientes organizaciones: Acción Democrática Salvadoreña -fundada en 1938-, Partido Unión Democrática, de amplia base popular, que apoyaba la candidatura del Dr. Arturo Romero, líder civil indiscutible de la lucha antimartinista; Unión Nacional de Trabajadores, partido obrero fundado por el Partido Comunista de El Salvador. En la cima de su prestigio, estaba la AGEUS. Estas organizaciones, juntamente con el Cuerpo Médico de El Salvador, Cuerpo de Abogados y Cuerpo de Odontólogos, formaron, a fines de junio, el Frente Unido Democrático, cuyo propósito era velar por el mantenimiento de la unidad de las fuerzas democráticas para impulsar cambios políticos e institucionales urgentes que necesitaba el país.

7. El 28 de junio, presionada por masivas manifestaciones populares (en las cuales el himno que se cantaba en las calles de San Salvador, era "La Marsellesa", aprendido en las escuelas primarias debido al afrancesamiento del sistema educativo), la Asamblea Nacional Legislativa emitió un decreto que convocaba a elección de una Asamblea Constituyente. El poder Ejecutivo lo objetó, sosteniendo que no quedaba otro camino que ceñirse a la Constitución de 1939 y sus reformas

de 1944, dictadas por Martínez. Se originó una contradicción aguda entre los tres poderes del Estado. A estas fechas, en la Corte Suprema de Justicia ya figuraban abogados de elevado prestigio. Sin embargo, las presiones de los altos mandos del ejército, desembocaron en la convocatoria a elección de una Asamblea Nacional Constituyente, en los días 7, 8 y 9 de enero de 1945. Esta situación condujo a una abierta beligerancia política de la cúpula castrense, cómplice de la dictadura martinista. A principios de julio, se llevó a cabo en Casa Presidencial, una Junta Patriótica en la que participaron los tres poderes del Estado, delegados de partidos políticos, candidatos a la presidencia de la República, agrupaciones gremiales, periodistas y personas independientes. La Junta resolvió, unánimemente, convocar a elecciones simultáneas de Presidente y Vicepresidente de la República y Diputados a la Asamblea Nacional Constituyente, en los días 14, 15 y 16 de enero de 1945. Asimismo, se acordó adoptar la Constitución de 1886 -fetiche jurídico liberal, ante el cual, en ese tiempo, nos prosternábamos de rodillas, con reverencia casi religiosa- señalándose, asimismo, el 14 de julio próximo para su juramentación. Esta se hizo en el Estadio Nacional de La Flor Blanca en forma solemne



y masiva. Hubo un mal augurio: el pabellón nacional fue izado al revés. ¿Error? ¿Mala intención? Nadie, hasta el momento, ha tenido ninguna explicación.

El golpe del 21 de octubre

En el campo electoral, todo indicaba que el Dr. Arturo Romero -llamado "El Hombre Símbolo de la Revolución"- ganaría la Presidencia de la República. El apoyo popular era más que evidente. A mi entender, el Dr. Romero fue el último caudillo de nuestra historia. No ha habido, posteriormente a él, persona que inspirara tanta pasión, esperanzas y confianza en el pueblo. Desgraciadamente, la oligarquía, los altos mandos del Ejército y los jefes de la Iglesia católica, se confabularon para levantar el fantasma del comunismo.

De esta manera, un anticomunismo visceral se inscribió en las banderas de los reaccionarios cuya contraofensiva se puso en evidencia: Los pulpitos se transformaron en tribunas contra el "peligro rojo"; los altos mandos castrenses propugnaron un orden público signado por el silenciamiento popular y la obstaculización policial de manifestaciones. Los grandes cafetaleros fundaron el Partido Agrario, oficializaron la candidatura del Gral. Salvador Castaneda Castro y crearon el Partido Unión Social Demócrata (PUSD). Proliferaron los plumíferos a sueldo que, semanalmente, publicaban diversos pasquines plagados de calumnias e injurias contra las fuerzas populares e hilvanados con un anticomunismo destinado a sembrar terror pánico.

Al mediodía del 20 de octubre, llegó la noticia de que en Guatemala había sido derrocado el Gral. Federico Ponce Vaides, sucesor del dictador Jorge Ubico, y que en su lugar se había instalado una Junta



integrada por el capitán Jacobo Arbenz Guzmán, Jorge Toriello y el mayor Francisco Javier Arana. El pueblo en armas había hecho posible el triunfo y, así, abrió camino para la profundización de una verdadera revolución. Para celebrar este acontecimiento, el Partido Unión Democrática, convocó a un mitin para las primeras horas de la noche del mismo día 20, el cual se realizó en la Plaza Libertad. Esta plaza, es digno de recordarse, antes del derrocamiento de Martínez tenía el nombre de Parque Dueñas (en homenaje a Francisco Dueñas, el verdugo del Gral. Gerardo Barrios), pero, de hecho, fue rebautizada por el pueblo capitalino como Plaza Libertad. Ignoro si hubo o no acuerdo de la comuna capitalina sobre su nueva nominación.

La Plaza Libertad llena ese 21 de octubre

El mitin fue celebrado a partir de las seis de la tarde. La plaza estuvo totalmente llena de gente y el ambiente que privaba

era el de una fiesta cívica. El punto central de los oradores fue el estallido revolucionario en Guatemala con las consiguientes expresiones de solidaridad y simpatías frente al acontecimiento. En mis conversaciones con amigos y concurrentes a la masiva reunión, advertía muy claramente que lo que acababa de suceder en Guatemala, era una especie de premonición para la situación salvadoreña y, por tanto, espejo en el que debíamos vernos, dado que la etapa post-ubiquista, con el Gral. Ponce Vaides a la cabeza del gobierno, tenía profundas similitudes con lo que estaba sucediendo en nuestro país, aunque, a decir verdad, el Gral. Andrés Ignacio Menéndez, apodado “Cemento Armado”, por su terquedad de mantenerse en sus cuatro una vez tomada una decisión, era, además, débil de carácter, maleable y manejable.

Estas fueron características que el Gral. Martínez tomaba en cuenta, para que cada vez que quería observar las apariencias legales para reelegirse, nominaba al leal “Cemento Armado” para que le tuviera la “guayaba” presidencial. Por la crítica y tensa situación que imperaba en nuestro país, se vislumbraba entre las masas la firme decisión de tomar las armas para resolverla.

Esto que afirmo, alimentaba los temores, al mismo tiempo que su anticomunismo, entre los altos mandos del ejército y la oligarquía. Debo decir, asimismo, que la siembra del terror de parte de la reacción, era alimentada por el lenguaje jacobino empleado por algunos dirigentes de masas. Posibilidad y realidad eran confundidas, porque bien vistas las cosas, después del derrocamiento de Martínez, hubo un evidente ascen-

so político de las masas; emergieron anhelos y aspiraciones guardados que propugnaban un cambio verdaderamente democrático, aunque, en mucho, las aspiraciones populares tenían un sello de vaguedad. Esto era un claro reflejo de inexperiencia política, aunque había una evidente disposición de defender lo poco que se había logrado aun a costa de la propia vida. Los que contábamos veinte años de edad, cuando Martínez cae del poder, vivimos desde nuestra infancia trece años de dictadura, con estado de sitio permanente, sin derechos y garantías democráticas, sin derechos sociales.

Estaban, día a día, coartadas las libertades de reunión, de expresión, de imprenta, etc. En las estaciones terminales de los ferrocarriles, lo mismo que en los pocos autobuses de servicio interdepartamentales, había policías de paisano que hacían las listas de las personas que viajaban o que llegaban a San Salvador y otras ciudades. Mi padre, era trabajador ferroviario y, por ello, conocí a varios de esos policías quienes en largas tiras de papel o en libretas, anotaban los nombres de los pasajeros del tren con una rapidez impresionante.

Vuelvo al mitin de solidaridad con el pueblo de Guatemala. En los discursos fue



exaltado el movimiento revolucionario guatemalteco y no faltaron intervenciones que, haciendo el parangón entre la situación salvadoreña y la guatemalteca, sacaron la conclusión de que en El Salvador, lo que se vislumbraba era una insurrección armada. Como concurrente al mitin, pude darme cuenta de la euforia popular que en esa noche provocaron los encendidos y emotivos discursos.

Impulso final del golpe

Una vez finalizado el mitin, hubo un desfile masivo que se dividió en dos columnas: una, que evitó pasar frente al local del comité del Partido Unión Social Demócrata que ya se perfilaba como el oficial; y otra, encabezada por un provocador, anciano militar de apellido Avelar, que sí lo hizo. Entre los manifestantes de esta segunda columna, hubo palabras subidas de tono y del local se hicieron varios disparos lo que provocó la muerte de dos personas. Al sonar más disparos, la manifestación se disolvió. Este suceso duró unos cuantos minutos.

Fue un incidente que no tenía nada de extraordinario. Sin embargo, lo acaecido en esa noche del 20 de octubre fue la gota que rebasó la impaciencia de los golpistas que protagonizaron el madrugón del 21 de octubre. Los conspiradores ya tenían preparado, con suficiente antelación, un denominado "Plan de Emergencia" "para cuando la Junta Militar (ya organizada en secreto) se viera precisada a actuar de conformidad a las circunstancias". (sic) No cabe ninguna duda que los golpistas tomaron muy en cuenta lo acaecido en Guatemala, pasando, así, del pánico que se había apoderado de ellos, al ataque y derrumbe de las esperanzas democráticas del pueblo salvadoreño.

En mi trabajo *El golpe del 21 de octubre de 1944*, doy pormenores de ese madrugón fatídico y remito a él a quienes quieran ampliar este punto. Tales pormenores fueron tomados de unos artículos del Gral. Salvador Peña Trejo, tituladas *Memoorias de un Militar* y *La Historia y sus Hombres, con su política romántica y de campanario*, publicados a principios de los años 60. Resumidamente dicho, a las seis de la mañana del 21 de octubre, el Cnel. Osmín Aguirre y Salinas, de Director de la Policía Nacional saltó a la Presidencia de la República. Se inauguraba una etapa de terror cuyos blancos fueron los partidos políticos democráticos y los movimientos sociales y gremiales. La sangre fue abundantemente derramada en diversas ciudades de El Salvador. La represión fue brutal.

Huellas indelebles en nada secundarias

A medio año de 1944, para ser precisos el 1 de julio, los altos mandos castrenses publicaron, a nombre del Ejército, un manifiesto en el que exigían orden y paz en beneficio de la familia salvadoreña y de la economía. "Nosotros -decía el documento- somos los centinelas de todas las garantías constitucionales. Aspiramos únicamente a que la Ley impere con todo su esplendor. Nada más hermoso que el cumplimiento de la ley". En otras líneas, se leía: "Tened confianza plena en el Ejército que es la salvaguardia de las instituciones republicanas y sostén de las garantías constitucionales y que no está guiado por otro anhelo que el de la auténtica grandeza de nuestra Patria". De inmediato, el Gobierno Provisional le dio su pleno respaldo.

En vista de lo anterior, los Directores de Diario Latino, La Prensa y La Tribuna (extraño diario, históricamente proteico en su

forma, nombres y contenido, pues fue fundado con el nombre de Diario Nuevo, en tiempos de Martínez, como diario semioficial; después adoptó, sucesivamente, los nombres de La Tribuna, Tribuna Libre y hoy el de El Mundo), suscribieron un manifiesto dirigido al Ejército Nacional dejando constancia del peligro que corrían las conquistas políticas logradas con el derrocamiento de Martínez, exigiendo a los pocos militares que se escudaban “en la fuerza de las armas”, garantía y respeto para las libertades conquistadas.

A esos mandos castrenses les refrescaban la memoria recordándoles la conducta del Ejército frente a Martínez, quien cambió la Constitución de 1886 para perpetuarse en el poder ante lo cual las Fuerzas Armadas nada dijeron, agregando cómo el martinato había violado reiteradamente la Constitución ante el silencio absoluto de las mismas.

El manifiesto abierta y airadamente, sostenía: “Ya hemos dicho que no queremos que se derrame sangre. Pero al mismo tiempo afirmamos de manera rotunda que el pueblo salvadoreño no quiere su sangre al precio de que se restrinja su libertad y se coarten sus derechos. Si más sangre es necesaria para cimentar nuestra libertad, sangre joven y generosa está dispuesta a correr, a verterse a torrentes en aras de la Patria”.

El manifiesto fue firmado por Miguel Pinto, de Diario Latino; Alex Dutriz, de La Prensa; y Pedro Geoffroy Rivas, de La Tribuna. Napoleón Viera Altamirano, de El Diario de Hoy, se negó rotundamente a suscribirlo.

Resistencia contra el osminato

La Corte Suprema de Justicia, cabeza del Poder Judicial, después de la caída de

Martínez, fue electa por la Asamblea Nacional Legislativa bajo fuerte presión popular. Como Presidente, figuraba el Dr. Miguel Tomás Molina. Los demás integrantes eran: los Dres. David Rosales, Sarbelio Navarrete, Alonso Reyes Guerra, Francisco Chávez Galeano, Rafael Antonio Carballo y Lucilo Villalta.

El 1 de noviembre, “desde un lugar de la República”, el Dr. Molina se proclamaba legítimo Presidente Constitucional de la República de conformidad a la Constitución de 1886 y exhortaba al pueblo a la lucha; decía que estaba dispuesto a llegar hasta el fin.

El siguiente paso de esta resistencia, fue el de formar en Guatemala un “Gobierno Salvadoreño en el Exilio”, encabezado por el propio Dr. Miguel Tomás Molina. Esta decisión alimentó entre la gente, la versión de que en Guatemala podría obtenerse armas para combatir el nuevo despotismo.

El hecho es que en las conversaciones íntimas entre amigos y en los hogares contrarios a la nueva tiranía, la versión creció muy rápidamente y como riada inundó la voluntad de lucha de amplísimas capas de la población. Numerosos grupos de jóvenes, principalmente estudiantes universitarios y de educación media, así como jóvenes obreros, traspasamos la frontera y nos fuimos a Guatemala. Yo acababa de cumplir 21 años y cursaba segundo año en la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

La bendición de mi madre

Cuando corrió el rumor de que en Guatemala había posibilidad de conseguir armas, varios compañeros, que estudiábamos en la Universidad y que nos habíamos

diplomado de bachilleres en el Instituto Nacional "Gral. Francisco Menéndez ", nos pusimos de acuerdo para irnos a la tierra del Quetzal. Cuando le comuniqué a mi madre mi decisión y pedirle su bendición, ella, con lágrimas en los ojos aunque sin lamentos, me dijo: "Dios te bendiga. Regresarás sano y salvo". Agregó: "Conozco la firmeza de tus propósitos. Demás sería pedirte, y hasta rogarte, que no viajaras, porque sería inútil convencerte de lo contrario. Para satisfacerme, dirías que no viajarás pero estoy segura de que lo harás. Cumple tu palabra con los demás compañeros ".

El 5 de noviembre, Día del Primer Grito de Independencia en Centroamérica, que, por cierto, fue un domingo, día lleno de sol y con cielo totalmente azul, salimos de la capital a las dos de la tarde, llenos de esperanzas pero tristes, Andrés Amador, Amadeo Cortez Martínez y Jesús García Montenegro (quienes años después se graduarían de médicos) y Ángel Ovidio Molina.

En Santa Ana tomamos el tren de la IRCA que llegaba a la ciudad de Ahuachapán en las primeras horas de la noche. Tan sólo fue llegar y buscamos contacto con los hermanos Castro (quienes estudiaban en el Instituto Nacional), a quienes les llamaban "Los puros", dado el color tabaco de su piel. Ellos nos proporcionaron albergue y al siguiente día, 6 de noviembre, salimos hacia la frontera a eso de las ocho de la mañana.

Caminamos, ininterrumpidamente por caminos vecinales y veredas para evadir puestos de guardia y patrulleros cantonales. Así, bordeamos la Laguna del Llano, hasta llegar, finalmente, al Paso de Calapa en territorio salvadoreño. El ascenso de las cumbres que teníamos frente a nosotros,

fue escabroso. Dichosamente fuimos guiados por unos campesinos que, día a día, bajaban desde territorio chapín con sus cacaxtles llenos de jocotes de azúcarón para venderlos en Ahuachapán. A su retorno llevaban bastimento para su propio consumo o para la venta entre pobladores de los miserables caseríos.

A eso de las seis y media de la tarde llegamos al cantón El Carrizo. Nuestros guías generosos y oficiosos, nos indicaron que nos presentáramos ante el destacamento del ejército guatemalteco que había en la pequeña población. Lo hicimos. Fuimos recibidos por su comandante, Cnel. Avelino Trejo, quien nos dijo que tenía instrucciones oficiales de auxiliar a los salvadoreños que atravesaran ese lugar fronterizo. Buscó albergue, en donde dormiríamos. El Carrizo está en una elevada cumbre desde la cual se divisa gran parte del territorio salvadoreño. En la zona fronteriza, Turín, Ahuachapán, Santa Ana y otras poblaciones, debido al alumbrado público, parecían puñados de luciérnagas. El frío calaba hasta el tuétano de nuestros huesos.

Una hora después, dos de los vendedores de jocotes nos invitaron al velorio de un niño que en la mañana había fallecido. Aceptamos. El cuerpo del infante reposaba en una caja de jabón recubierta de papel de empaque blanco. La pobreza de los deudos era impresionante. No nos habíamos recuperado de nuestra pena, cuando empezaron a rasgar una guitarra y una mandolina y los dolientes e invitados iniciaron el baile en el pequeño espacio del rancho pajizo. Nos dieron de beber guaro destilado por ellos mismos y tamales. No faltaron ni el rezo ni los lamentos, aunque se conformaban con decir que si bien ellos habían perdido a un

familiar, el cielo había ganado un angelito. Es el consuelo universal entre nuestros humildes que aún se cultiva.

Nuestra partida de El Carrizo

A muy tempranas horas, el Cnel. Trejo nos invitó a desayunar. A eso de las seis de la mañana del día 7 de noviembre, y frente a filas de soldados y de patrulleros preguntó: “¿Quién de ustedes acompañará a los jóvenes para llevarlos a El Chaparrón?”. Ninguno de los diez patrulleros levantó la mano. Entonces, a dedo señaló a uno de ellos: “Irás vos”, le dijo y, de su bolsillo, le dio doce centavos de quetzal para el almuerzo. Estos doce centavos equivalían a doce “lens” (descomposición popular de “cent”; el quetzal estaba a la par del dólar en ese tiempo). Inmediatamente después de la escogitación de nuestro guía, marchamos pasadas las seis de la mañana.

A eso de las doce del día, nos percatamos del por qué no hubo ningún voluntario que quisiera servirnos de guía. El maestro de una pequeña escuela rural nos invitó a compartir su comida. Luego de preguntarle en dónde estaba El Chaparrón, sobre la carretera panamericana, nos dijo, señalando con su índice: “Queda allá, en donde ‘azulean’ aquellos cerros”. Entonces, decidimos que el guía regresara y que nos dirigiríamos preguntando a gente que encontráramos en ese frío páramo, en el cual me impresionara el vuelo de los cuervos que, azotados por el viento, parecían hojas de papel carbón al garete.

Nos ubicamos a eso de las cinco y media de la tarde en El Chaparrón. Aquí abordamos un camión de volteo de obras públicas que nos condujo a Jutiapa, en donde nos presentamos al comandante del cuartel. Se nos proveyeron alimentos y

lugar en donde dormir. El día 8, a eso de las diez y media de la mañana en un camión del ejército, nos condujimos a la ciudad de Guatemala a donde arribamos a eso de las cuatro de la tarde. El teniente que iba en el camión, nos dio indicaciones de que la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU) nos atendería en cuanto la contactáramos.

Solidaridad activa y fraternal

Inmediatamente que llegamos ciudad de Guatemala, nos dirigimos a la Facultad de Derecho ubicada en uno de los antiguos palacios coloniales, frente al edificio del Congreso, sobre la 5a. Avenida y a inmediaciones del Palacio Nacional. Allí estaba instalada una oficina destinada exclusivamente a la atención de estudiantes que, procedentes de Honduras y El Salvador, buscaban refugio. Fuimos rápidamente atendidos. Los encargados tenían listas de personas y de familias que ofrecían hacerse cargo de uno, dos o más estudiantes. Mi destino fue el de la familia Porrás. Guillermo, uno de sus miembros, llegó al día siguiente, 9 de noviembre, para llevarme a su hogar.

Fui recibido por Doña Raquel v. de Porrás, madre de diez hijos de los cuales permanecían solteros sólo tres: Ricardo, el mayor de ellos; Guillermo y Elena, la menor quinceañera, quienes habitaban una gran casa colonial remodelada según las exigencias modernas. Esta mansión se hallaba a cuadra y media de la 6a. Avenida, la más colorida y bulliciosa arteria de la ciudad, con grandes y pequeños almacenes, restaurantes, cafés, librerías, radiodifusoras, cines y *nigth clubs*.

El rango social de la familia Porrás era de clase media alta, de muy refinadas costum-

bres aunque nada embarazosos. Al contrario, eran muy naturales, de exquisita cordialidad. La cálida atmósfera de que fui rodeado me hizo sentir como un miembro más de la familia. Dolores, una de las hijas, era esposa de Horacio Castillo, quien se contaba entre los herederos de la familia Castillo, dueños de la más grande empresa cervecera de Guatemala que producía la cerveza Gallo. A la familia Porras me vinculó por muchos años una amistad muy firme. Sin embargo, debido a las variadísimas vicisitudes experimentadas en mi vida, mis relaciones epistolares se volvieron más raras y la amistad devino, con el tiempo, en un grato recuerdo que aún llevo en lo más tierno de mis sentimientos.

Elenita, era una aventajada estudiante de piano. Empezó a tocar este instrumento desde su infancia. Ocupaba varias horas de cada día para repasar sus lecciones. Fue en estas circunstancias que conocí el *Preludio en Do sostenido menor*, de Serguei Rachmáninov, varios *Nocturnos* de Debussy y algunos fragmentos de sonatas de Beethoven.

Su madre y hermanos habían hecho una discoteca de clásicos con las rápidamente desgastables y quebradizas pastas de la época. Sus revoluciones eran de 75 por minuto. De manera que una sinfonía o una sonata debían escucharse en cortos fragmentos y estar atentos para darle vuelta al disco. Sin embargo, las veladas eran agradables y ayudaba mucho la moderna ortofónica R.C.A. Víctor.

Aprendizaje en mi amor a Guatemala

La familia Porras, con la venerable Doña Raquel a su cabeza, rompió rápidamente, en mil pedazos, todo un conjunto de ideas adversas que al pueblo de Guatemala yo

le tenía. Si bien es cierto que no aparecían escritas en manuales ni en libros, si corrían en boca de todos los estratos sociales salvadoreños. Ni siquiera mis buenos maestros ni mis generosos padres, tan rebosantes de humanidad, escapaban a ideas que, con el tiempo, me percaté que estaban cargadas de maloliente chovinismo. Aquel decir, que dichosamente desapareciera para siempre entre la gente del pueblo, de "Guatemala, gente mala; Honduras, gente dura; Nicaragua, gente nagua; Costa Rica, gente pisirica; El Salvador, gente de valor", circuló como moneda falsa durante decenios y decenios.

En los cuentos que en las primeras horas de la noche nos contaban nuestros mayores, el vivo que siempre "domaba" a gentes de los restantes países centroamericanos era el salvadoreño, quien era también ingenioso y trabajador. En cambio, el chapín era hipócrita; el hondureño, haragán; el nicaragüense, confianzudo; y el tico, aseñorado y egoísta. Además, se nos aseguraba, con una seriedad de catedrático de las mejores universidades europeas, que el Himno de El Salvador en un concurso internacional de himnos (cuyo lugar jamás se mencionó ni la fecha de su realización), había obtenido el tercer lugar, correspondiendo el primero y el segundo, respectivamente, a La Marsellesa y al Himno de México. Estas mentiras, y muchas más, eran el pan cotidiano de nuestras conciencias ingenuas.

Estas primeras experiencias en Guatemala, que se ampliaron en mis contactos con estudiantes y personas de otros sectores sociales, derrumbaron totalmente los prejuicios que habían cultivado en mi conciencia nuestros mayores. Los miembros de la generación del 1944 que nos autoexiliamos en Guatemala, aprendimos a amarla en-

trañablemente. Cuando retornamos a El Salvador, éramos portadores de un mensaje de amor.

Guatemala se transformó en lugar de asilo de los perseguidos por las dictaduras existentes a lo largo de América Latina. En mi segundo exilio, en 1952, fraternicé con chilenos, hondureños, nicaragüenses, españoles y de otras nacionalidades. Cuando la revolución democrático-burguesa guatemalteca, de amplia participación popular (que no otra cosa era lo que sucedía en Guatemala, después del 20 de octubre de 1944) fue derrotada por el imperialismo yanqui en 1954, nos causó profundo dolor. Las enseñanzas de esta revolución que, por sus características, era la primera que ocurría en América Latina, fueron de mucho provecho para los revolucionarios salvadoreños y de otros países del continente.

Personas y hechos rescatables del olvido

Menos de un mes estuve en la ciudad de Guatemala. A esto me referiré más adelante, porque antes le doy paso a cierto tipo de recuerdos que, por lo común, no llegan ni siquiera a transformarse en polvo de la historia, pero que tienen cabida en lo profundo de nuestras conciencias. A este propósito, quiero dejar constancia de algunos nombres y hechos que, en menos de treinta días, quedaron grabados en mi mente.

En la calle, en casuales encuentros en sorbeterías como la de Benjaminson -en donde algunos "refaccionábamos" a eso de los tres o cuatro de la tarde, aunque no todos los días-, llegaban compatriotas salvadoreños conocidos y desconocidos míos. Recuerdo a Mario Mena Valle (compañero de bachillerato, pero más que

compañero, amigo, y más que amigo, hermano), Mario Salazar Valiente (con quien forjamos una amistad de toda la vida), Ernesto Núñez, Arturo Reyes Baños, Ángel Góchez Marín, Carlos Armando Domínguez, Humberto Cuestas, Raúl Rodríguez, "El Peche" Tovar, Raúl Valiente, Napoleón Noches Palacios, Walter Hurtarte y Herbert Lindo.

A los dos últimos los veíamos como a unos niños, por sus rostros y débil estructura corporal. Además, pude darme cuenta de quienes arribaban a Guatemala en una oficina que había sido instaiada en el centro de la ciudad, la cual estaba a cargo de un Odontólogo salvadoreño de apellido Vásquez. Se llevaba un listado de todo aquel que deseaba incorporarse a la resistencia activa contra el osminato, vale decir pelear con las armas en la mano. Añado que el Dr. Vásquez, por los años sesenta, sería Rector de la Universidad de El Salvador por error. Paso a resumirlo.

En el primer quinquenio de los sesenta, si no recuerdo mal, la Rectoría de la UES estaba vacante. Un grupo de estudiantes y de profesionales creyó conveniente que el alto cargo universitario fuera desempeñado por el Dr. Marco Antonio Vásquez, médico prestigioso de Ahuachapán, distinguido, además, por su honestidad política y su ideología democrática. La Comisión encargada de proponerle la candidatura, tuvo una confusión: a quien buscó fue al Doctor Vásquez, el odontólogo de Santa Ana, quien no vaciló ni un instante en aceptar la propuesta. El organismo elector universitario, lo elevó, pues, al cargo de Rector de nuestra Alma Máter.

Anécdota ilustrativa

Ernesto Núñez, quien sería ingeniero civil y arquitecto, se albergó en un pequeño

hotelito (más bien *guest house*, ubicado a inmediaciones de la concha acústica del parque central. En los encuentros casuales que teníamos, una tarde nos contó que cada día, a eso de los cinco y media de la mañana, cuando todos los huéspedes dormían, escuchaba órdenes militares, que rebasaban el medio tono, así: “¡Ni un paso atrás! ¡Adelante!... ¿Qué te pasa, te acobardas? ¡Coraje, Ascencio, tres pasos adelante!”. “Una mañana de tantas -añadía Neto-, me levanté en el instante en que se daba la orden de tres pasos adelante, y vi al Cnel. José Ascencio Menéndez entrando al baño emponchado”.

Este militar, era en esos momentos Ministro de Defensa del Gobierno Salvadoreño en el exilio. Invito a quienes lean estas líneas a que mediten si el estimado militar tenía o no razón para hacer ese drama antes de practicar sus abluciones. Noviembre, diciembre y enero, son los meses más fríos en Guatemala y en el hotelito no había servicio de agua caliente.

Encuentro con mi hermano

A mediados de noviembre tuve la grata noticia de que mi hermano Gonzalo estaba en Guatemala. Inmediatamente, nos pusimos en contacto. En cuanto a la salud de mis padres y hermanas, todo andaba bien, aunque se percibía en ellos mucha preocupación y tristeza. Gonzalo me dijo que nuestro padre le había encargado, velar por mi seguridad en las acciones armadas que prontamente protagonizaríamos, que combatiéramos juntos.

Dicho con otras palabras: él y yo deberíamos salir con vida de esa aventura. La confianza de nuestro padre depositada en mi hermano tenía cierto fundamento. Gonzalo había prestado su servicio mili-

tar obligatorio entre 1940 y 1943, en el Primer Regimiento de Infantería, destacándose como un buen soldado quien rápidamente ganó las jinetas de cabo y, después, de sargento de compañía.

Conocía muy bien el manejo de las armas usadas por nuestro ejército en ese tiempo. Mi hermano me aventajaba en tres años de edad. A muchos de los oficiales que habían participado en la insurrección cívico-militar del 2 de abril y que habían escapado de la pena de muerte exiliándose en Guatemala, los conocía.

Gonzalo fue acogido por una familia de apellido Moscoso, quienes vivían en una zona residencial a inmediaciones del Zoológico Nacional y del gran parque de exposiciones, al sur de la ciudad. Doña Marta de Moscoso y sus hijas quinceañeras, Marta y Consuelo, practicaban una exquisita solidaridad con los tres salvadoreños que eran atendidos por ellas. Estos vivían, decorosamente, en un cuarto de un apartamento aledaño.

Recuerdo indeleble es el del arribo del Dr. Arturo Romero a Guatemala, el mismo día en que mi hermano también llegara. Lo interpretamos como un indicio de que la acción armada estaba muy próxima. Los hechos, así lo demostraron.

¿Entrenamiento militar?

La noche del 27 de noviembre, mi hermano me comunicó que al siguiente día tendríamos entrenamiento militar en una finca situada al sur de la capital guatemalteca; que debíamos estar listos a las seis de la mañana. Al llegar al lugar, conducidos por unos camiones de obras públicas al lugar señalado, nos dimos cuenta de que sólo éramos un puñado de muchachos que no

llegaba ni a las veinticinco personas. A pesar de nuestra extrañeza, comentamos con mi hermano que quizás en otras fincas abandonadas había reuniones similares.

Este entrenamiento consistió, esencialmente, en la comprobación de nuestra resistencia para durar cinco horas consecutivas -con brevísimos descansos- en actividad, subiendo y bajando el terreno, por cierto muy escabroso. Al mediodía, finalizamos. No tuvimos en nuestras manos ninguna arma. Quienes, como yo, habíamos hecho alguna experiencia militar en el Instituto Nacional "Gral. Francisco Menéndez", durante cinco años, resistimos la prueba, no así los muchachos procedentes de colegios privados.

Se nos prometió que, en próximos entrenamientos, podríamos manipular un fusil. Entre los oficiales que dirigieron el entrenamiento, estaban el capitán Daniel Guevara Paiz, Subtenientes Salvador Crespo, Salvador Luna y unos cuatro más. Dejo constancia que en mi vida, en lo que concierne a tareas que revisten cierta secretividad, he observado este principio: No debo saber más de lo estrictamente necesario para cumplir con el papel que me corresponde en una actividad. La vida confirma que eso de "sólo a vos te lo digo", en la confianza de que el que escucha no saldrá "con el pito y el tambor" a presumir de "sabido", es total y absolutamente ilusorio. El homo sapiens sapiens, debería definirse como homo sapiens "chambroso".

Llega diciembre. El lunes 4, se nos informó que tendríamos entrenamiento nocturno. Algunos fuimos concentrados en un galpón de obras públicas y a eso de las ocho y media de la noche abordamos camiones nacionales de volteo. Quienes

conocíamos el camino, nos percatamos de que el rumbo era el oriente de Guatemala, buscando la frontera. La luna estaba muy hermosa, el cielo sin nubes. Viajábamos sólo con lo que teníamos puesto. Mi hermano, en voz baja, me decía que, precisamente, íbamos camino de un punto fronterizo. Lo que algunos guardábamos como secreto, ya era conocido en muchos medios sociales de Guatemala.

En efecto, tragos de por medio en no pocos de los candidatos a combatientes, éstos se despidieron de las familias que les habían dado acogida y de sus novias, dándoles cuenta del "secreto" y cantando, muy entusiasmados y a grandes voces, una canción que estaba de moda en ese tiempo, cuyos primeros versos decían: *"Vengo a decirle adiós a los muchachos porque muy pronto me iré para la guerra..."*

Instalación del campamento

El martes 5 de diciembre, a eso de las cuatro y media de la madrugada, con frío, desvelados y con hambre, bajamos de los camiones en el casco de una hacienda cercana a Jalpatagua. Éramos como doscientos combatientes, sin armas, sin logística que cubriera nuestras más elementales necesidades. Pese a que ofrecimos a las vivanderas, que preparaban el desayuno de algunos trabajadores, pagarles por una tortilla con sal y un poco de café, ellas nos respondieron que no alcanzaba para tanta gente y que tenían sólo lo necesario para dar de comer a los mozos.

La escasez, rayana en la pobreza extrema, era más que evidente. No quiso entenderse con algunos de nosotros para que nos prepara algo que comer en el almuerzo. El hambre no espera y desespera. Mi hermano juró que comeríamos, aunque fué-

ramos unos cuantos. Le echamos la vista a una chompipa que, seguramente la estaban engordando para la Nochebuena. Con la complicidad de un estudiante universitario de derecho, de apellido Crespo, tan delgado que, como él mismo decía, podía esconderse tras un poste de la luz eléctrica, se procedió a la “desaparición” de la jolota.

A Crespo, quien se defendía de la intemperie con un enorme saco, no le costó esconder a la animalita. Nos fuimos a una quebrada un tanto alejada de la casa de la hacienda, y unos doce hambrientos combatientes revolucionarios pudimos satisfacer, aunque a medias, nuestra primordial necesidad de alimentos. Este tipo de “cachería”, se repetiría en los días que pernoctamos en el campamento que instaláramos cerca de Conhuaco.

Hicimos champas pajizas y el suelo lo recubrimos de abundante paja que cubría las serranías que nos rodeaban. No contábamos con que la hierba estaba plagada, abundantemente, de garrapatas en el estado de “mostacilla”, de manera que en las noches el rasca y rasca nos impedía un descanso normal lo mismo que el hambre, pues comíamos tortillas y frijoles una vez al día. La pobreza de los lugareños era impresionante.

Organización de compañías

No fue sino hasta el 8 de diciembre que nos llegaron las armas en cajas que contenían viejos fusiles máuseres, de cinco tiros, hechos en Oviedo, España. Se nos dio a limpiar dos fusiles, uno para nuestro uso y otro que sería transportado para armar a la “resistencia interna” organizada en Ahuachapán, y en otras ciudades importantes, de la cual se nos hablaba insistentemente.

Fueron organizadas las compañías. La mía, que bautizáramos “2 de abril”, quedó al mando del Capitán Daniel Guevara Paiz. A mi hermano se le nominó sargento responsable de una escuadra de once hombres y yo fungí como cabo. El arma más pesada que se nos encargó fue una ametralladora francesa, marca Hotchkis; además, se nos proporcionó una subametralladora inglesa, de tolva, Lewis. El día 9, hubo entrenamiento general de tiro. En la noche, muy preocupado, mi hermano me dijo: “Apenas el 15% de los combatientes puede manejar un fusil”.

Ultimas horas en el campamento

Después del entrenamiento, se entregó a cada combatiente 200 cartuchos para los fusiles máuser Oviedo, “mosquetones” que aumentaban de peso en relación directa con el cansancio de quien lo llevaba. Raro era el combatiente que tenía alguna especie de morral para las balas, de manera que me vi precisado a cortarle las piernas a un pantalón que tenía como mudada de repuesto. Una, se la di a mi hermano y la otra fue para mi uso. Las improvisadas cartucheras las amarramos con una pita que, pasando por nuestro cuello, colgamos bajo nuestras axilas izquierdas. Reunida la escuadra, Gonzalo nos hizo algunas reflexiones: “Yo no temo tanto a las balas que nos dispare el enemigo.

Tengo miedo a las que perforan nuestras espaldas, disparadas por los compañeros que no saben manejar un fusil. Debemos, pues, cuidarnos tanto de las balas que vengan de frente como de las que puedan venir a nuestras espaldas”. Sus instrucciones descansaban en su experiencia.

Durante su servicio militar de tres años, participó en maniobras en las que se dis-

paraban balas de verdad y no de salva. Hubo casos de heridos, y hasta de muertos accidentales, porque a algunos soldados, nerviosos o inexpertos, "se les iba el tiro". En la noche de este 9 de diciembre, antes de la hora de dormir, supimos que al siguiente día marcharíamos hacia la frontera de El Salvador.

Debo anotar que a esta fecha, varios muchachos habían desertado. Los que quedamos, a pesar del hambre, del frío, de las garrapatas y de carencias elementales, rebosábamos de optimismo en el triunfo. Lo que más alimentaba nuestras esperanzas, era la convicción de que existía un "frente interno" del cual se nos hablaba insistentemente. En la ciudad de Ahuachapán, que era nuestra meta inmediata, se aseguraba que los combatientes del "frente interno" esperaban las armas que llevábamos para unirse al combate contra la tiranía.

Marcha a la frontera

El domingo 10 de diciembre, después de comer nuestra ración de tortillas y frijoles, tres compañías formamos filas con nuestras armas en un escampado del campamento. Recuerdo, con nitidez, los rostros de Ángel Góchez Marín, de Mario Salazar Valiente, de Mario Mena Valle y de otros compañeros con quienes convivimos bajo las champas pajizas y compartimos nuestro entusiasmo patriótico. El aislamiento, en cuanto a noticias del interior del país, era total. Una vez formados, el Capitán Daniel Guevara Paiz nos dirigió unas breves palabras acerca de nuestra misión y de las normas disciplinarias básicas a que nos debíamos ceñir estrictamente.

No olvido sus palabras, que no me eran extrañas porque ya las había escuchado en el Instituto Nacional "Gral. Francisco

Menéndez" cuando cursaba el bachillerato bajo régimen militar: "Este fusil que llevan es su vida, es su padre, es su madre. Jamás, bajo ninguna circunstancia, deben desprenderse de él, ni extraviarlo ni olvidarlo." Seguidamente, hizo uso de la palabra para despedirnos un conocido maestro normalista, Carlos Lobato, con expresiones llenas de emoción y de abundoso lirismo.

A eso de las tres de la tarde, bajo un sol abrasador, emprendimos nuestra marcha en territorio muy escabroso, interrumpiéndola a eso de las nueve de la noche. Cansados, sedientos y hambrientos, dormimos a campo raso. El frío era otro de nuestros azotes. El cielo lucía sin una nube; las estrellas brillaban, a mi parecer, más de la cuenta; eran claramente distinguibles varias constelaciones. Para mí no había lugar para extraviarme en esa inmensidad inconmensurable del espacio que abarcaba mi vista: la Osa Mayor me señalaba el norte. Sabía distinguir Las Siete Cabritas, El Arado, Los Ojos de Santa Lucía, para orientarme en las noches.

Mis padres me habían enseñado desde niño a distinguir nuestro planetario al natural. Ante esa inmensidad, que por lo inconmensurable siempre me ha producido miedo, meditaba acerca de nuestra pequeñez humana y de la fragilidad de nuestras vidas que, jugándolas al azar, como en una ruleta, con plena conciencia, podríamos conservarlas o perderlas. Con el pequeñísimo fardo a mis espaldas -en realidad, un tanatillo- de mis 21 años, pensaba firmemente que saldría bien de la aventura y que desfilaríamos, triunfantes, en la llamada Doble Vía (hoy Alameda Roosevelt) hasta la Catedral Metropolitana, en medio de vítores de la multitud y que tranquilamente, reanudaría mis estudios.

Empapados de sereno, despertamos a eso de las seis de la mañana. Fue hasta este momento que nos dimos cuenta de que cerca había una plantación de caña de azúcar. Ni cortos ni perezosos, cortamos cañas para mitigar el hambre. Así desayunamos y almorzamos. En este lugar acampamos hasta las dos y media de la tarde, hora en que se presentó el Dr. Arturo Romero, quien, desde un pequeño montículo, y cubierto con un pesado poncho de lana blanca, con algunos adornos discretos, nos saludó con las manos en alto y pronunció unas brevísimas palabras deseándonos el triunfo. Estaba acompañado por un puñado de civiles a quienes no conocía.

Un poco antes de las tres de la tarde, reanudamos la marcha. La fatiga era general pero silenciosa; como espectador observaba que mis compañeros ya eran combatientes desgastados, principalmente por la falta de alimentación apropiada que ya alcanzaba ocho días. Yo mismo estaba consciente de mi propio desgaste. A eso de las once de la noche, descansamos en un caserío que, según me dijo mi hermano, era el más cercano a Los Órganos, en territorio salvadoreño, sobre el Río Paz.

Gonzalo se las arreglaba para aliviar nuestra sed y hambre. Consiguió agua y tortillas con un poco de sal. Esta fue nuestra cena de privilegiados, porque los demás compañeros no consiguieron nada. Se nos prohibió terminantemente fumar o hablar en alta voz porque el eco y el viento podían denunciar nuestra presencia a patrullas de la Guardia Nacional destacadas en puntos cercanos del río diivisorio.

El martes 12 de diciembre, a eso de las dos y media de la madrugada, empezamos el descenso, en columna india, en medio de una densa oscuridad, por vereda muy

inclinada y resbaladiza. Nuestros mejores guías eran los mulos que cargaban munición y armas, animales que tienen un sentido acertado de los pasos que deben dar de noche y en malos caminos. A pesar de la lentitud de la marcha, hubo tropeszones y caídas. Antes de emprender la marcha, fueron distribuidos octavos de litro de aguardiente para cada dos combatientes dizque "para calmar la sed". Nunca había tomado bebidas alcohólicas, razón por la cual obsequié mi ración a uno de mis compañeros. Cuando llegamos a las riberas del río, en el horizonte se anunciaba el día.

Primeros combates

A eso de las cinco y media de la mañana del 12 de diciembre, sin quitarnos la ropa, pasamos rápidamente el río Paz a la altura de Los Órganos. Todos, sedientos, rellenamos de agua nuestros estómagos. ¡Qué delicia! Fue muy reconfortante. A marcha forzada nos introdujimos a territorio salvadoreño. Nuestra escuadra, que conformaba el segundo grupo de la 2a. Compañía "2 de abril", tenía por misión apoyar la primera sección de ésta. Quizás con mucha anticipación, a eso de las ocho de la mañana, previendo inminentes choques con tropa del ejército salvadoreño, mi hermano ordenó que descargáramos del mulo la ametralladora. Esta arma, colocada en su trípode resultaba muy pesada debido al ritmo de nuestra marcha. Además del fusil y los cartuchos, me tocó cargar dos cajas de parque de la ametralladora. Hubo momentos en que sentía que los brazos se me desprendían y que mi peso de ese entonces -110 libras- se reduciría a mínimas expresiones.

Sin embargo, mi organismo respondía bien al cansancio sin decaer mi ímpetu en nin-

gún momento. Lo mismo sucedía con los demás compañeros de escuadra. La 1a. y 2a. compañías, formaban la vanguardia; la 3a. y 4a., iban al medio, y la 5a. estaba a la retaguardia. En total, éramos cerca de 800 combatientes. En nuestro campamento cercano a Conhuaco, sólo sabíamos de la existencia de nuestras tres compañías. De las dos restantes, me percaté hasta el momento en que casi estábamos por entrar en combate.

A una legua de la ciudad de Ahuachapán, a eso de las diez horas, tuvimos el primer combate. Fuimos atacados, en un campo llano, por un contingente de guardias nacionales que habían sido conducidos en dos camiones. Estaban armados con ametralladoras pesadas y carabinas denominadas "solotur" que disparaban ráfagas. Simultáneamente, otros contingentes, atacaban nuestra retaguardia. La confrontación duró una media hora con intenso tiroteo. Una ametralladora que nos tuvo a raya fue silenciada por certeros tiros de nuestra Hotchkis manipulada por mi hermano.

Cuando las balas pasan cerca de uno, el zumbido es como el de un abejorro y el lugar de donde disparan puede advertirse, si hay maleza o hierbas, por el movimiento de éstas porque los proyectiles rasantes dejan una especie de traza. Uno de los camiones fue seriamente averiado y el otro se volcó porque su chofer fue muerto. A las once de la mañana, caza bombarderos North American nos ametrallaron y bombardearon sin causarnos bajas. El grueso de nosotros había aprovechado hasta el último charral para ocultarse y otra parte había avanzado a unos cafetales cercanos.

Marcha a la ciudad de Ahuachapán

La 1a. y 2a. Compañías se reagruparon en un cafetal muy sombreado de pepetos. La

sed, ¡siempre la sed!, tratábamos de satisfacerla hundiendo un yatagán, que portaba mi hermano, en las matas de huerta para chupar su tetelque sabia. En los humildes ranchos de colonos que habían huido, encontramos agua y dulce de tapa lo mismo que nixtamal y uno que otro huevo.

Para nosotros, todo fue bastimento. Escena que siempre viene a mi memoria, es la que viera a eso de las dos de la tarde cuando, sentados en el tronco de un árbol caído, Mario Mena Valle, mi hermano y yo, sin decir palabra, observábamos detenidamente nuestros rostros lo mismo que los de los demás compañeros. Sus ojeras parecían como retocadas con polvo de plomo, los ojos hundidos, los rostros demacrados. Lo mismo observaba en los oficiales.

Ellos tampoco pronunciaban palabra alguna. Mis pensamientos giraban en torno a un eje: la posibilidad de la derrota. A eso de las cuatro de la tarde, el Capitán Guevara Paiz nos comunicó que marcharíamos a la toma de la ciudad e inmediatamente después nos pusimos en camino. Las otras tres compañías atacarían por el lado del llano. En columna india, a cada lado de los caminos vecinales, marchamos sigilosamente. Como a las siete y media de la noche, antes de llegar al barrio El Molino, un retén, desde lo alto de un pequeño paredón, nos abrió fuego granizado, precisamente en el punto en que iba nuestra escuadra. Vi las bocas de fuego de un fusil ametrallador y de los máuseres.

Quienes sufrieron bajas fueron los de la columna que bordeaba la izquierda del camino. Fue aquí en donde cayó gravemente herido Manuel Ariz Lagos, joven combatiente ahuachapaneco que nos había servido de guía. Yo sangraba de mi brazo

izquierdo y pensé que había sido baleado. Dichosamente, fue sólo una rozadura. Algunos soldados del retén murieron por la respuesta que les dimos, otros huyeron.

Aceleramos la marcha hacia el parque de la ciudad el cual ocupamos rápidamente lo mismo que el telégrafo y la llamada Guardia de Cárcel, integrada por guardias nacionales. Algunos combatientes tomaron la iniciativa de poner en libertad a los presos; otros, seguimos adelante para atacar el edificio que ocupaba la policía nacional y el cuartel del 6o. Regimiento. El alumbrado público no fue interrumpido, lo que contribuyó a divisar nuestros blancos y también para que nos divisaran. Nos llamó la atención que del cuartel no se nos hiciera ningún disparo cuando nos acercamos y que quienes presentaban combate eran guardias nacionales.

Nuestra euforia empezó a disminuir cuando nos percatamos de las bajas habidas en nuestras filas. El edificio del Grupo Escolar, ubicado frente a uno de los lados del parque fue escogido como hospital de sangre. Cuando entré, me estremecí por el número de baleados y de muertos y la carencia absoluta de medios para prestar siquiera los primeros auxilios. Quienes nos organizaron para esta lucha no previeron que se necesitaba médicos y personal paramédico. Igual conmoción sentí al ver varios muertos en el parque entre los que se hallaban heridos que clamaban a grandes voces, con impresionantes llantos y entre vómitos de sangre, por sus madres o sus padres.

El inexistente "frente interno"

Los que hemos vivido momentos difíciles o cruciales, podemos dar fe de que muchas veces, en forma espontánea, sur-

gen consignas que contagian inmediatamente. Tal fue la de "¡Liberados!" que gritáramos, hasta enronquecernos, al calmarse los balazos en esa noche del 12 de diciembre. Coreábamos la consigna, con la convicción de ser heraldos de una buena nueva y que, como llave mágica, abriría, de par en par, puertas de muchos hogares en que algunos hombres del "frente interno" tomarían las armas que trajimos de Guatemala y, además, se nos ofrecerían algunos alimentos y agua fresca.

Pero no fue así. Los habitantes de Ahuachapán nos recibieron a puertas y balcones cerrados; ni un saludo, ni un tan solo plato de comida nos fue ofrecido. El terror pánico se había apoderado de todos los ciudadanos. Fue entonces que la verdad se nos apareció en toda su desnudez: No existía ningún "frente interno" en el cual habíamos fundamentado nuestras esperanzas de triunfo. La impudicia política de personas que sobre nuestra sangre calculaban acceder al poder, se habían inventado semejante mentira.

A pesar de esta dura realidad, nuestra escuadra fue enviada a la entrada de Ahuachapán, en un punto de la carretera que conducía a Santa Ana, a fin de ayudar a detener fuerzas del ejército que ya venían en camino. Más o menos a la una de la mañana, cuando escuchábamos uno que otro disparo, llegó a nuestro retén un compañero, de apellido Ortega, con quien cursáramos la escuela primaria, para avisarnos que todo había acabado y que la orden era retirarse. Rápidamente, nos dirigimos al parque central de la ciudad que ya estaba casi desierto, aunque con muchos cadáveres. En este momento, física y moralmente me derrumbé.

¿Nacer de nuevo?

Entre las personas de mi familia a quienes dedicara mi tesis doctoral, se halla mi hermano. Dice literalmente: "A la memoria de mi hermano Gonzalo, quien por una decisión suya hizo posible que mi vida se prolongara un 12 de diciembre de 1944". Pienso que hoy tengo la oportunidad de explicarme.

El demoledor sismo, que tirara por el suelo mi estructura física y moral, quebrantó en mí el ánimo de seguir marcha adelante, en unas circunstancias de "sálvese quien pueda" porque, en concreto, eso significaba la orden de retirarse. "Yo me quedo, pase lo que pase", le dije a mi hermano. Su inmediata respuesta fue esta: "Si tú te quedas, yo me quedo. porque jamás te dejaría solo.

Quedarnos, significaría una muerte segura porque estoy dispuesto a resistir hasta la última bala. Mi anhelo es vivir y tú debes vivir. Solamente ganando la frontera podremos salir con vida". Acababa de terminar estas palabras, cuando apareció un muchacho jineteando un caballo. Mi hermano le ordenó: "¡Bájate!". "Yo lo he conseguido y es mi salvación", le respondió el jinete. Gonzalo, insistió: "¡Bájate!" y a la palabra unió la acción desenvainando su machete: "¡Te bajaré a cintarazos!", le conminó, ante lo cual el muchacho se vio obligado a desmontar.

Ocupé su lugar sin abandonar mi fusil ni el parque; además, apoyada en la parte delantera de la montura, cargué un fusil ametrallador Madsen con sus respectivas cajas de parque. De esta forma, con apenas cinco hombres de nuestra escuadra, emprendimos la retirada tomando la carretera hacia Tacuba. Tal es la motivación de

la dedicatoria a que he aludido, y me pregunto: "¿Nací de nuevo ese día? "

Tomamos la polvorienta carretera. Observé una escena conmovedora hasta el estremecimiento: en sus orillas nuestros combatientes, vencidos por la fatiga, se habían acostado para dormir. Los ronquidos, de variados tonos, denotaban su presencia. Era previsible que en esta situación, serían fácil presa de las fuerzas enemigas. Y así fue, como lo supiéramos posteriormente: patrulleros cantonales fueron los primeros en hallarlos y en atacarlos a machetazos, dedicándose a cortar cabezas o mutilándoles extremidades.

El machetazo predilecto era el dado al lado izquierdo del rostro, acompañado de estas palabras: "¡Para que te parezcás al Dr. Romero, hijueputa!". Recordemos que el Dr. Arturo Romero, cuando fuera capturado camino a Honduras, por patrulleros cantonales, ya cuando Martínez lo había condenado a muerte, fue herido del lado izquierdo de su rostro.

Era aún de madrugada y decidimos descansar. Entramos a una finca, pasando su puerta de golpe, divisando, como a una cuadra, una casa a oscuras. A estas horas, a nuestro grupo se habían unido Ángel Góchez Marín, Ulfano Núñez y Jorge Hidalgo. En medio de unas parras, que nos ocultaban completamente, reposamos hasta dormirnos. Nos despertó el tableteo de las ametralladoras cuyo eco provenía del llano El Espino, zona cubierta por nuestras 3a. y 5a. compañías.

Apenas había aclarado en esa fría mañana, y ya se escuchaba el incesante zumbido de los aviones en picada y el estallido de sus bombas y el típico estruendo de los morteros. Logramos descansar hasta eso de

las diez de la mañana. Entonces, encargamos a Cóchez Marín que indagara acerca de los habitantes de la casa. Regresó muy contento porque un señor, ya entrado en años, propietario de la finca, nos invitaba a comer. Dejamos las armas ocultas y pasamos al interior. Conversamos con nuestro inusitado anfitrión, quien ya sabía de los sucesos de la ciudad de Ahuachapán, y nos manifestó que él conocía al Dr. Arturo Romero, por quien expresó sus simpatías.

Un poco antes del mediodía, cuando nos disponíamos a almorzar, la sirvienta que atendía al anciano, muy nerviosa nos dijo que un hijo suyo le acababa de informar de que estaban muy cerca los “blanquillos”, es decir patrulleros cantonales. La atenta mujer, a nuestra pregunta de cuál era el mejor camino hacia la frontera hasta encontrar el Río Paz, nos respondió que era el río Nejapa, a inmediaciones de la propiedad. Precisamente, la propiedad llevaba el nombre “Finca Nejapa”.

Rápidamente, ingerimos algo de alimento y llevamos unas raciones de tortillas y gallina. Recogimos nuestras armas, dejamos el caballo y tomamos el cauce del río de muy poco caudal que, poco a poco, fue aumentando. Tuvimos la ventaja de que nuestra vereda acuática serpenteaba en un cañón rocoso muy difícil de subir o de bajar. Nos sentimos seguros y caminamos con paso acelerado. En nuestro trayecto había evidencias, como decir cartuchos y algunos fusiles, de combatientes que nos antecedieron en la retirada.

Nuestra última noche en tierra patria

En el punto en que se juntan los ríos Nejapa y El Molino, se forma el río Los Hervideros. Debido a su abundante cau-

dal, nos fue imposible seguir su cauce. A estas horas, las cinco de la tarde, nuestros zapatos estaban totalmente empapados. Las suelas se habían vuelto esponjosas al grado que los guijarros presionaban dolorosamente las plantas de nuestros pies. En el trayecto que seguimos, cuatro veces sobrevoló un avión de reconocimiento pero tuvimos el cuidado de interrumpir nuestra marcha y ocultarnos entre las rocas mientras se alejaba.

Escalamos por una vereda hasta llegar cerca del parteaguas de Loma Larga. La noche estaba muy próxima y decidimos dormir entre los pajonales que poblaban la región hasta volver el paisaje de color amarillo oro; juntamos piedras para delimitar el fogón que encendiéramos y, así, evitar un incendio. Nos quitamos los zapatos para secarlos y a dormir.

El viento azotaba con fuerza. La noche se volvió muy fría. Nuestro sueño fue profundo. Cuando despertamos, con los primeros rayos del sol, con gran pena nos dimos cuenta de que los zapatos de mi hermano se habían hecho carbón y los míos estaban parcialmente quemados. Gonzalo resolvió el problema cortando las piernas de su pantalón, transformándolos en bermudas, y con sus tiras fajó sus pies caminando no sin alguna dificultad. Desde el punto en que pernoctamos, ya se divisaba, cercano, el Río Paz.

En territorio guatemalteco

Cada uno del grupo hizo con su ropa un pequeño tanate para atravesar el río. El vado que encontramos fue apropiado, aunque el agua llegaba hasta nuestras tetillas. La corriente era bastante fuerte, porque el río pasa por un cañón un tanto estrecho. Al ganar la orilla derecha, ya estábamos en

Guatemala. La práctica es muy elocuente para demostrar la calidad artificial de las fronteras en Centroamérica. ¿Qué es eso de que basta atravesar un río o de rebasar un mojón limítrofe para que nos encontremos en otro país istmeño y que al patriotismo, que fatalmente deviene en jingoísmo, se le ocurra inventarse identidades que llegan hasta el ridículo?

Empezamos a buscar alguna vereda que nos sacara del lugar porque lo considerábamos inseguro. Una patrulla del ejército salvadoreño o de "blanquillos" podría divisarnos fácilmente desde la otra orilla y ser blanco fácil. No la encontramos. Entonces intentamos escalar los farallones de enormes piedras que estaban frente a nosotros, con la esperanza de encontrar algún camino o de divisar mejor, desde lo alto, si es que lo ganábamos, el panorama para seguir la marcha.

Fue imposible. Bajamos de nuevo a la orilla del río y mi hermano, pese a mi opinión en contrario (muy respetuosa de la propiedad privada, a pesar de estar famélicos), decidió sacrificar una ternera de un pequeño ato de reses vacunas que abrevaba en el río. Un certero balazo en su cabeza bastó. Ninguno del grupo tenía cuchillo o navaja. En la retirada nos habíamos desprendido del machete y demás pesos que, erradamente, consideramos inútiles. Una botella de vidrio, que estaba entre las piedras, fue nuestra solución. La quebramos, con el cuidado de que se despedazara en fragmentos largos y con éstos hicimos la faena para obtener carne.

Encendimos una fogata con leña que pronto se transformaría en carbones para hacer un asado. En medio de nuestra atroz hambre, hubo este episodio que, cada vez que lo recuerdo, me pro-

duce una sonrisa. Angelito -como le decíamos a Ángel Góchez Marín-, muy solícito nos dijo que era experto en el asado de carne. Ensartó varios pedazos en una vara muy fuerte y a nuestra vista comenzó su tarea. El olor de la carne asada aumentó nuestra hambre, pero Angelito, después de comerse lo asadito, decía: "Todavía no está de punto", al tiempo que se acomodaba sus lentes montados en metal dorado, estilo Glenn Miller. Cuando a la tercera o cuarta vez repitió el "todavía no está de punto", Ulfano -quien ya le había entrado a la carne cruda con mordidas desesperadas, lo mismo que otros compañeros- le dijo a nuestro chef: "Hombre, no jodás. Nosotros sólo estamos para verte comer. ¡Que cada uno ase su pedazo al gusto!".

De manera que optamos por asar nuestras porciones bien cocidas o a término medio. Saciada nuestra hambre, decidimos, muy alegres, bañarnos en las claras aguas del río. Ya era casi mediodía, cuando no muy lejos, río arriba, escuchamos un disparo. Respondimos. Hubo dos disparos. Con igual número contestamos. Lo interpretamos como una especie de diálogo con gente amiga. Encontramos una vereda que, en nuestra ofuscación acicateada por el hambre, no habíamos visto.

Como a unas cinco cuerdas, o más, hallamos a un grupo de compañeros quienes volvieron por nuestros pasos y aprovecharon la res sacrificada. Entre las personas del grupo con el cual nos encontramos, es inolvidable la imagen de un hombre de unos cincuenta años de edad -o quizás menos-, de tez blanca, requemado y evidentemente mal de salud. Le pregunté si estaba enfermo, respondiéndome que padecía de hipertensión y que sus medicinas se le habían terminado. Era

telegrafista de profesión de apellido Huevo. Como caso excepcional, él se había unido a nuestros combatientes en la ciudad de Ahuachapán. A eso de las dos de la tarde, el grupo, que ya sumaba unas quince personas, marchó a la población más cercana: Jalpatagua. Llegamos a este lugar cuando el sol estaba por ocultarse en el horizonte.

Revelaciones desconcertantes

En Jalpatagua estaban reunidos, en el pequeño parque, unos veinticinco combatientes. Cuando nos vieron, espontánea y unánimemente, gritaron: "¡Vivan los compañeros!", "¡Viva el sargento Arias!". No salíamos de nuestra sorpresa. Del grupo, corrió hacia nosotros Edgardo Guerra Hinds, con quien seguíamos la carrera de derecho en la Universidad.

Con inocultable alegría, dijo que a los Arias -refiriéndose a mi hermano y a mí- nos tenían por muertos, pues la escuadra a la que pertenecíamos había cubierto la retirada de los que salieron camino de Tacuba. Mi hermano se encargó de relatar que si bien, al parecer, fuimos los últimos en salir de Ahuachapán, no habíamos librado combate con nadie y que las fuerzas del ejército, al parecer, habían concentrado su ataque contra las compañías que se quedaron en el llano El Espino.

De todas maneras, agradeció las demostraciones de alegría por encontrarnos con vida. Cuando algunos pobladores de Jalpatagua se dieron cuenta de que mi hermano no tenía zapatos y yo estaba medio calzado, rápidamente consiguieron dos pares usados que nos vinieron de maravilla. El alcalde del pueblo nos prestó atenciones muy cordiales, diciéndonos que el 16 habría camiones que nos conducirían a Jutiapa; además,

nos proveyó de la alimentación básica: tortillas y frijoles.

En las conversaciones que tuvimos esa misma noche, empezamos a conocer hechos que, por la lógica de la situación en que habíamos vivido desde nuestra salida de Guatemala, ignorábamos, tales como los siguientes: 1o.) Que el 8 de diciembre hubo en San Salvador una acción armada que debía ser simultánea con nuestro ataque a Ahuachapán, y que entre los muertos en la acción estaban dos universitarios: el Dr. Francisco Chávez Galeano y Br. Humberto Rodríguez Salamanca. 2o.) Que el Cnel. Osmín Aguirre y Salinas había ordenado, lacónicamente a las fuerzas gubernamentales, que "no hubiera prisioneros", lo cual podía interpretarse de dos maneras: que todo combatiente, real o presunto, fuera dejado en libertad; o que todo capturado en acción o fuera de ésta, debía ser matado.

La mayoría de oficiales al servicio del gobierno, al parecer le dieron la segunda interpretación, pues la cantidad de muertos, de parte nuestra fue muy elevada. Se calcula que fueron unos 400. 3o.) Que hubo acción armada en el poblado El Pajonal, en Santa Ana, cerca de la frontera y que, propiamente, fue una escaramuza sin ninguna importancia para nuestra causa, pues los combatientes se retiraron a las primeras de cambio. 4o.)

Que en la madrugada del 12 de diciembre, cuando estábamos por atravesar el Río Paz, en distintos tramos, bajo diversas razones nos abandonaron, Julio Adalberto Rivera, Guillermo Fuentes Castellanos y otros más cuyos nombres no recuerdo. Según se nos informara, Fuente Castellanos sostuvo que era una aventura irresponsable nuestra acción de armas. Asimismo,

no pocos muchachos se plegaron a esta actitud, aunque tiempo después, al comprobar que lo dominante entre el pueblo era el de considerar la jornada de Ahuachapán como un acto altamente patriótico y heroico de la juventud, algunos que desertaron se vanagloriaban de haber participado.

Otras revelaciones

El 16 de diciembre fuimos trasladados a Jutiapa, en donde había contingentes del ejército guatemalteco a la espera de un posible ataque del ejército salvadoreño. Encontré a otros compatriotas y amigos, entre éstos a Ángel Ovidio Molina con quien hicieramos juntos la escuela primaria y secundaria. Ovidio me contó que el Comandante supremo de nuestras fuerzas fue el Coronel e Ingeniero Félix de Jesús Osegueda y que el comandante de las compañías que atacaríamos a Ahuachapán, era el Coronel José Ascencio Menéndez. Ovidio formaba parte de la Plana Mayor de este Coronel. Hasta entonces, supe quienes integraban la alta dirección de nuestra acción de armas.

Ovidio, como testigo, me decía que el mismo día 12 de diciembre, a eso de las dos y media de la tarde, el Coronel Osegueda decidió poner los pies en polvorosa. En lo que corresponde al Coronel Menéndez, hombre de temperamento nervioso que parecía un motor eléctrico en funcionamiento, Ovidio me relató que, con temor evidente, más o menos a las tres de la tarde, dijo, señalando con su dedo índice: "Enemigos aquí, enemigos allí, enemigos allá y acullá.

Estamos rodeados, estamos perdidos. ¡Retirémonos!". Sin saberlo, las compañías que estaban ocultas en el cafetal, a las que ya

hiciera referencia, se aprestaban al avance sobre Ahuachapán. Lo informado, era demostrativo de que no había comunicación ni coordinación entre los altos y bajos mandos, tan estrictamente necesaria en acciones de guerra.

Carecíamos de radiotransmisores, ya en uso en la época y de mensajeros. A nuestros oficiales y a nosotros mismos, simple y sencillamente, se nos mandó al matadero. Estas malas noticias, que calaron hasta lo más profundo de mi conciencia, fueron motivaciones decisivas para que buscara un camino que esclareciera mi incipiente cosmovisión y que me condujera a observar y analizar con realismo el mundo de los hombres, en general, y del político en particular. A mis 21 años, nunca había pertenecido a ningún partido ni secta. Esto es explicable: mi niñez, infancia, adolescencia y comienzos de mi juventud, transcurrieron bajo el despotismo del Gral. Martínez. Además, estaba fuera de mis aspiraciones llegar a algún puesto de la burocracia estatal. El altruismo, en su forma más pura, movilizaba mi conciencia. Apenas era una cifra, o quizás menos, en una situación histórica que marcó mi vida. En suma, los acontecimientos de 1944 me ayudaron a desarrollar una conciencia crítica y autocrítica. Desde entonces, ésta ha venido conmigo de la mano. Salí de mi infancia política en busca de mi juventud política.

En la ciudad de Guatemala

El domingo 17 de diciembre, trece días después de nuestra salida "secreta" a un "entrenamiento nocturno", fuimos conducidos desde Jutiapa a la capital guatemalteca. Volví a la casa de la familia Porras, cuyos miembros, al verme, sin inhibición alguna, manifestaron su alegría

acompañada de lágrimas. Estaban, en el momento de mi regreso, Doña Raquel, Ricardo, Guillermo y Elenita, quienes, según informaciones periodísticas, la matanza de jóvenes combatientes había sido grande y cruel. Me invitaron al servicio religioso de la noche en la iglesia de San Francisco, para darle gracias a Dios por mi retorno. Les acompañé al acto litúrgico y mi pensamiento lo llené con profundos anhelos de que mis padres y hermanas aliviaran sus sufrimientos mientras llegaban noticias dadas por mí mismo.

Lo primero que hice al día siguiente, fue enviar un telegrama que suscribimos Gonzalo y yo. Enseguida, redacté a mano una larga carta, esbozo de diario de mis experiencias que abarcaba desde el 5 de noviembre, cuando partiera de San Salvador, hasta el 17 de diciembre. Precisamente, esta carta, guardada por mi madre y, enseguida, por mis hermanas, me ha servido de guía para redactar este escrito. No debo olvidar que fue gentil portador de la carta dirigida a mi madre, el entonces bachiller Gustavo Cartagena, quien se graduaría en Ingeniería Civil en nuestra Universidad Autónoma.

Relatos y más relatos

Punto preferido para contactarnos con nuestros compatriotas, era la pérgola del parque central, en donde, en determinados días, había conciertos en su concha acústica. En esta quincena de diciembre, ya se habían implantado el espíritu navideño y el alegre ánimo para despedir el año viejo y recibir el nuevo. Recordábamos las circunstancias en que personas y amigos, que habían tratado con nosotros, desaparecieron para siempre.

Ovidio Molina me contó que, precisamente, como miembro de la plana mayor del

Cnel. Ascencio Menéndez, cuando estaban en un cafetal, vio que Herbert Lindo se había sentado al pie de un árbol, claramente extenuado por la fatiga y que el ataque de las fuerzas gubernamentales era inminente en la zona. Ante esto, el auxilio que le prestó a Herbert fue el de retirar de un hoyo para cafeto, algo amplio, la hojarasca acumulada, introduciendo en él, en posición fetal, al joven muchacho con rostro de niño. Le dejó el fusil y su parque y, enseguida, lo recubrió con la misma hojarasca. Herbert se quedó dormido y, seguramente, fue en esa situación que soldados del gobierno o patrulleros lo encontraron y asesinaron.

De estos recuerdos no omito a Vicente Durán Sánchez, con quien fuéramos buenos vecinos en el Barrio Lourdes. Chente, quien vendía miel de sus colmenas, siempre vestido de blanco, no conocía la tristeza. En acción, cuando se había hecho prisioneros a dos guardias, él descuidó desarmar a uno de ellos. Mientras le hacía un discurso acerca de nuestra acción liberadora, el guardia tomó su fusil y le disparó certeramente al corazón. Viene a mi memoria Gustavo Trigueros, de unos 17 años, hermano menor de una familia muy amiga mía. Tavo murió en acción. Integraba una columna de zapadores al mando del Br. Raúl Valiente (quien se graduaría de Ingeniero Civil), la cual, cuando llegó al cementerio de Ahuachapán, fue emboscada por guardias nacionales.

Recuerdo de algunos oficiales

Entre los oficiales que nos acompañaran, recuerdo al Teniente Aviador Enrique Aberle, de quien mi hermano era amigo. Le llamaban cariñosamente "El patojo" Aberle. Con mucho respeto guardo en mi memoria a los tenientes Salvador Crespo,

Ricardo Lemus Rivas (Aviador), Jorge Azahar y al Mayor Felipe de J. Carpio. De otros oficiales que participaron en la acción, me hablaron diversos compañeros. En total, fueron algo así como 20 oficiales los que estaban asilados en Guatemala en el momento de nuestra invasión, pero, repito, no todos participaron. Recuerdo, asimismo, que se jugó la vida en las acciones de Ahuachapán, un Capitán guatemalteco de apellido Barrios quien, en plena balacera en el parque de la ciudad, me dijo que era admirable nuestro arrojo, pues casi a pecho desnudo peleábamos contra un ejército profesional.

Últimos días del año 1944

La última quincena de diciembre estuvo llena de alegría. Las posadas eran celebradas por la familia Porras con devoción y entusiasmo. Cuando les correspondió hacer la suya, la casa pareció pequeña por la nutrida concurrencia. Por otra parte, con Guillermo y Elenita escogíamos en las iglesias cercanas la posada que tenía visos de ser la más alegre. De esta forma, pude hacer muchas amistades que el tiempo y la distancia se encargarían de transformarlas en amables recuerdos.

El adorno principal en los comedores, durante estas festividades, eran las sartas de frutos de la olorosa manzanilla, separadas con papel brillante de varios colores. La bebida infaltable y más abundante, fuera de los licores fuertes, era el xúchele o agua dulce, hecha a base de cáscara fermentada de piña y de rapa. Además, el bailongo era de rigor después de la pastorela. No era raro trabar amistad con alguna muchacha hasta el punto de considerarla "tráida" (como decían los guatemaltecos) o sea novia, aunque fuera sólo de ojos y apretones de mano.

Los días finales de 1944 pasaron muy rápidamente. Al recibimiento de 1945, concurrió mi hermano y celebramos con la familia Porras la llegada del nuevo año. La tristeza, por el drama sucedido en El Salvador a lo largo de 1944, era el invisible telón de fondo en mis pensamientos.

Enero de 1945

Entre los exiliados en Guatemala, circulaban comentarios acerca de las presiones de la Embajada norteamericana en El Salvador hacía al gobierno del Cnel. Osmin Aguirre y Salinas para que celebrara elecciones presidenciales. Las hubo en febrero sólo con la participación del Partido de Unificación Social Democrática, patrocinado por la oligarquía cafetalera, la cual apoyaba al Gral. Salvador Castaneda Castro. Días antes de las elecciones, se retiraron del proceso electoral el escuálido y políticamente insignificante Frente Social Republicano, jefeadado por Napoleón Viera Altamirano; el Partido del Pueblo Salvadoreño, creado por el populista José Cipriano Castro; y el Partido Fraternal Progresista, cuyo caudillo tradicional era el pintoresco Gral. Antonio Claramount Lucero, considerado liberal de viejo cuño. Castaneda Castro asumiría la Presidencia de la República el 1 de marzo. Cierta aflojamiento de la persecución política, fue aprovechada por muchos exiliados para retornar a El Salvador. Yo tenía otra meta: México.

Viaje a México

Con Mario Mena Valle, quien cursaba segundo año de la carrera de medicina en nuestra Universidad, decidimos situarnos en la ciudad de México para ingresar a la UNAM. Mi ideal era graduarme de médico y si decidí estudiar derecho en El Salvador, fue porque mi padre no podía

sostenerme, puesto que además de cara, era de rigor estudiar a tiempo completo. Entonces, por ser la carrera de Jurisprudencia y Ciencias Sociales la más barata y la que podía permitirme trabajar para sufragar mis estudios, opté por ella. Con escaso dinero, aunque suficiente para arribar a nuestro destino, partimos en la segunda quincena de enero. Ambos llevábamos, debidamente legalizados, nuestros diplomas de bachiller y demás atestados necesarios para legitimar nuestra calidad de estudiantes. En ese entonces, resultaba mucho más barato estudiar en el país azteca que en nuestro país.

No viene al caso detallar el viaje por tren que nos puso al descubierto bellos paisajes y lo duro que es viajar, en medio de gallinas, monturas y tanates, aunque tal dureza se aliviaba con la cordialidad de los viajeros, evidentemente pobres que compartían su sustento con nosotros. En pocas palabras, con Mario -de quien dijera en una de estas páginas, que más que compañero era un amigo y que más que amigo era un hermano- llegamos a la ya enorme ciudad de México, cuya población, en ese tiempo, era la de El Salvador.

Dimos los pasos para iniciar nuestros estudios aunque el período lectivo estaba a las puertas se nos dijo que había excepciones. Cubiertas las exigencias académicas, escribí a mi padre quien me contestó reiterándome que no podía costear mis estudios.

Aunque Mario, si podía iniciarlos, al comprobar mi imposibilidad de seguir en México, se "enfermó" de mal de Patria y me dijo que regresaríamos juntos. Obtuvimos trabajo como vendedores de la Fábrica de Jabones "Jardines de California", ganándonos el aprecio de nuestro jefe de ventas y de esta forma, permanecemos

varios meses que nos proveyeron de valiosas experiencias. El relato de mi primera estancia en México, es muy largo. Después he estado en esta bella República, de paso, por semanas o por años, muchas veces; y dejo constancia de que de autoridades y personas mexicanas jamás he recibido injuria alguna. Todo lo contrario. Tal es el sólido fundamento para guardar por México y por su pueblo, admiración y amor entrañables.

Mario y yo regresamos a El Salvador. En Guatemala, planeamos nuestra ruta: Primera estación, Chiquimulilla, de donde, a pie, nos dirigimos a La Garita Chapina. Un guía nos condujo evitando Bola de Monte, en territorio patrio, porque había un puesto de guardia fronterizo que una vez salvado, ganamos la playa hasta llegar a la barra de Santiago que recorrimos en canoa; enseguida, caminamos por la playa hasta el puerto de Acajutla a donde llegamos al atardecer. En este lugar, dormimos en la playa confundiéndonos con los veraneantes de fin de semana. En horas de la mañana del siguiente día, tomamos el tren que nos conduciría a San Salvador.

La alegría de mis padres, hermanas y hermano, disminuyó mi pena, esa que uno siente cuando inferimos dolor a las personas que nos aman y que amamos. A fin de sopesar las condiciones del ambiente, en cuanto a persecución política, a pesar de que tanto Mario como yo no teníamos ninguna significación política pero sí la calidad de estudiantes universitarios, primero optamos por pasar una quincena en una hacienda de Don Pedro Valle, padre de mi entrañable amigo, en Usulután. El casco se hallaba bastante cerca a unas bellas playas. Fueron dos semanas de meditación y de lectura de periódicos, tanto atrasados como del día, y de escu-

char las radios nacionales. Después de esta pausa reconfortante, hicimos gestiones para reanudar nuestros estudios universitarios.

Mi visión coincidía con la de mis compañeros de estudios, en el sentido de que, a pesar del estado de sitio existente, si uno se armaba del valor, decisión y audacia, se podía hacer uso de la maltratada libertad de prensa, aunque se expusiera al acoso de la policía y dar con sus huesos en las ergástulas de las cárceles. La categoría “desaparecido” no estaba de moda en El Salvador.

La Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños (AGEUS), se decidió a combatir políticamente. Cabe recordar que una vez instalado el osminato, el semanario *Opinión Estudiantil* continuó saliendo impreso en mimeógrafo. Este periódico, que apareciera por primera vez en 1918, como “Semanao Independiente de los Estudiantes Universitarios de El Salvador” (y que amerita escribirse su historia), inaugura su “Época 10” en 1945. El número de cada época significaba el número de veces que había sido reeditado después de sufrir cierres violentos por parte del gobierno. La plana de redacción electa democráticamente en 1945, estuvo integrada así: Director, Carlos Armando Domínguez; Jefe de Redacción, Carlos Díaz del Pinal (recientemente fallecido). Redactores: Víctor Daniel Rubio (fallecido), Arturo Alonso Alvarado, David Hernández Echegoyén (fallecido), Luis Alonso Posada (fallecido) y Jorge Arias Gómez (falleció en junio de 2002).

Los existencialistas dicen que “el hombre es él y sus circunstancias”. En efecto, la circunstancia de haber sido electo redactor, primero, y enseguida director, de un periódico de gran prestigio popular, de larga trayectoria combativa y democrático,

me abrió el camino para poner en práctica una de mis vocaciones: practicar el periodismo socio-político, analítico, crítico y sin tapujos. Según mi entender, la ética periodística exige que la verdad jamás debe ser objeto de ocultamientos mañosos ni envuelta con malabarismos que pretenden quedar bien con Dios y con el Diablo.

Epílogo

Durante un año, más o menos, después de la jornada de Ahuachapán, me acosó, repetidamente, esta pesadilla: Soñaba que en el punto de mira de mi fusil, y con mi dedo índice derecho en el gatillo, en el segundo tiempo de disparar, estaba, inmóvil, un soldado del ejército. Mi conciencia me exigía: “¡No dispaes!”. Sin embargo, en el combate, ya cuando los ideales patrios se han ido a los calcañales y en lo que uno piensa es en que puede perder la vida o quitársela al adversario quien nos la puede segar, yo escogía disparar. Sin embargo, antes de hacerlo, despertaba sudoroso y angustiado. Asimismo, soñaba lo contrario: Me veía, desarmado, ante un punto de mira cuyo anónimo fusilero dispararía directamente a mi pecho. Me hallaba en un páramo, totalmente desnudo de vegetación y sin el más mínimo escondrijo para evitar mi muerte.

Precisamente, al escuchar el disparo, despertaba angustiado y sudoroso. Esto lo conversé solamente con mi madre quien, con sus consejos y reflexiones, expulsé de mi pensamiento la idea fija, que me torturaba, de haber quitado la vida a otros hombres. Siempre que evoco la dolorosa aventura de Ahuachapán, estoy seguro que las raíces profundas de mi pacifismo están hundidas en esta experiencia y que aun las guerras justas, como la librada por

nuestro pueblo durante doce años, tienen mucho de supervivencias zoológicas ya que en el momento del combate el hombre se bestializa.

Otra de mis experiencias es la de que la valentía y la cobardía están separadas por una delgadísima y transparente película. Esto lo ponemos a prueba en las llamadas "situaciones límite", cuando uno, sólo acompañado de su libertad moral, decide ser valiente o cobarde. Quienes aseguran no conocer el miedo de perder la vida, mienten. En los combates en que la vida está realmente en juego, surge el temor que crece hasta transformarse en miedo, colocándonos, así, en una "situación límite". Esto lo manifiesto con entera modestia. Jamás ha pasado por mi mente considerarme o que se me tenga por héroe.

Hace varios años, al referirme a la Jornada de Ahuachapán, escribí: "Realzo esta acción protagonizada por la juventud de mi generación, y bajo la dirección suprema de políticos de la época, no para señalar, acusadoramente, responsabilidades que cupieron a los que conscientemente sabían que todo aquello culminaría en una dolorosa aventura, sino para subrayar que nuestra ardentía era imposible de ser apaciguada y que nuestra acción, basada en convicciones libertarias, podía tener como rúbrica la muerte. Actuamos, cumpliendo la promesa de *llegar hasta las últimas consecuencias...valientemente, rebosantes de romanticismo, sin esperar recompensas personales. Fuimos la materialización misma del altruismo con un fusil en la mano.*"

En estos recuerdos omito, por consiguiente, mis criterios sobre el Gobierno Salvadoreño en el Exilio y el papel de muchos políticos del momento, que fueran resultado de mis análisis posteriores. Esta es una

tarea que debo cumplir antes de que la cuenta regresiva de mis años llegue a cero. Digo, con toda claridad, que este escrito que ahora finalizo, pertenece al género de la historia oral. He relatado, sencillamente, parte de mis vivencias en ese memorable año de 1944, las cuales, espero, formarán parte de un libro que desde hace algún tiempo decidí que se titulará *Tengo algo que contar*.

Para la memoria histórica de los estudiantes de la UES

Entre el 20 de abril y el 1 de mayo de 1957, se celebró en la ciudad de La Plata, Argentina, el II Congreso Latinoamericano de Estudiantes organizado por la Federación Universitaria de Argentina (FUA). En este Congreso, si la memoria no me falla, estuvo representada la AGEUS por el entonces bachiller Abel Salazar Rodezno. El informe central, titulado *Situación político-social de América Latina* fue preparado por el representante de la FUA, Gregorio Selser, y presentado por la delegación de Argentina ante dicho evento. Pues bien, entre las ponencias aprobadas en este evento, se halla la siguiente:

"a) El II Congreso Latinoamericano de Estudiantes en consideración de la conveniencia de concretar la unidad estudiantil latinoamericana

Resuelve:

- 1) Instituir el Día del Estudiante Latinoamericano, jornada que simbolizará su lucha en pro de los principios sustentados.
- 2) Fijar esa fecha el 12 de diciembre, aniversario de la masacre estudiantil salvadoreño de 1944.
- 3) Su organización se coordinará por

medio de las Oficinas de Relaciones Estudiantiles Latinoamericanas (OREL).”

Queda, así, consignado este dato que simboliza la fraternidad y solidaridad que, muy afanosamente, buscaban los estudiantes latinoamericanos en el decenio de los cincuenta, época en que estaban en el orden del día de las luchas estudiantiles, temas tales como la reforma agraria, la defensa económica de América Latina, lucha contra el imperialismo, los pactos militares que condujeron al establecimiento de sangrientas y férreas dictaduras, el problema del Canal de Panamá, problemas limítrofes entre países del sub-continente que amenazaban guerras, el colonialismo, etc.

Hoy, todo eso, y mucho más relacionado con las luchas estudiantiles y de la juventud en general, es un pasado totalmente desconocido. En nuestro caso concreto, la juventud salvadoreña carece de memoria histórica no porque así lo quiera, sino porque este complejo fenómeno es provocado por múltiples causas endógenas (educativas, políticas, la alienación inducida en la conciencia colectiva por los medios de comunicación masiva, la obediencia lacayuna a las potencias que dominan la globalización, etc.) y exógenas (la transculturización que arrasa con nuestros débiles valores históricos, sociales y culturales).

San Salvador, 22 de enero de 2002